

**PALABRAS DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
DOCTOR ANDRÉS PASTRANA ARANGO, CON OCASIÓN DE
LAS EXEQUIAS DEL ARZOBISPO DE CALI, MONSEÑOR
ISAÍAS DUARTE**

Santiago de Cali, 19 de marzo de 2002

Hoy despedimos, conmovidos, al Pastor que nos ha sido arrebatado por los enemigos de la Paz, por el brazo armado de Caín que ha dado de nuevo muerte a Abel.

Decimos adiós a Monseñor Duarte Cancino, un hombre bueno, inteligente, solidario y valiente; un escogido y convocado por Nuestro Señor Jesucristo para ser ejemplo de amor al prójimo y a quien el Santo Padre entregó, como Obispo, la tarea sublime de ser padre para nosotros, buenos y malos, justos o pecadores, víctimas o victimarios.

Despido en nombre de Colombia a un hombre excepcional con el que se podía discutir, estando unas veces de acuerdo o teniendo posiciones diversas, como sucede con los grandes amigos que construyen su verdad, la ofrecen y no claudican en su defensa sino cuando otra verdad se abre a horizontes más ciertos.

Un amigo que en el contrapunto de opiniones enriqueció mis reflexiones y decisiones como gobernante; un pastor que, de verdad, siempre estuvo del lado de las víctimas.

Fuimos amigos en el diálogo, es decir en la búsqueda del Bien Común. Teníamos nuestro corazón centrado en la construcción del “Derecho a la Paz”, que es el derecho que garantiza los demás derechos. Sabíamos que la guerra destruye, que nada se construye en medio de la violencia; sabíamos que la muerte debilita la moral social y por ello afirmaba que era preciso seguir construyendo caminos.

Monseñor Isaías Duarte era un hombre recio que nunca perdió su seguridad ni su iniciativa. No tenía miedos, era el “Buen Pastor” que estaba siempre dispuesto a dar la vida por los suyos, como se lo pedía el Evangelio que predicaba. Él no sólo era el portador de la “Buena Noticia”. ¡Él mismo era la “Buena Noticia”!

Lloro hoy al amigo de todos que nos fue arrebatado por la mente criminal de quien armó y pagó a los sicarios. Y no vamos a descansar hasta cuando se cumpla la justicia que merecen. ¡Se equivocaron los asesinos! El martirio de Monseñor Duarte nos lo entrega hoy convertido en historia. Su presencia es ahora más

grande porque crece en el recuerdo agradecido de quienes amamos a Colombia y trabajamos por la Construcción de su Paz.

El asesinato de Monseñor Duarte fue una puñalada a nuestra fe y a las convicciones religiosas de la gran mayoría del pueblo colombiano. ¡Tenemos que responder ese agravio con la aplicación estricta y severa de la justicia! Más grave aún que el asesinato de un Pastor de la Iglesia, sería la impunidad.

Por eso, junto a su féretro, hago eco a la voz de sus fieles, del pueblo de Cali y de toda Colombia para decir: ¡No descansaremos hasta encontrar y castigar a los autores, intelectuales y materiales, de este atroz atentado contra la vida y contra la fe de Colombia!

Al señor Fiscal, al Procurador, al Director del DAS, al Director de la Policía, a todos los organismos de seguridad e inteligencia, les pido, en nombre de nuestro pueblo, que agoten todos sus esfuerzos, que sigan hasta el más mínimo indicio, para que la muerte injusta de un hombre bueno no se quede en la impunidad.

¡Lograr la justicia será nuestro homenaje a su memoria!

Despido, en nombre de todos los colombianos de bien, a Monseñor Isaías Duarte Cancino. Su martirio nos demuestra que es posible que nos quiten la vida ¡pero nunca nos quitarán los sueños ni la decisión ni el valor para realizarlos!